

**A propósito de un concepto o  
las dificultades del género en Francia.**

Michèle Riot-Sarcey

Todo o casi todo ha sido dicho con relación a las conflictivas relaciones entre el análisis histórico circunscrito al género y la escritura de la historia social, política y económica. En todos los países las historiadoras, particularmente, se lamentan por la débil integración de las mujeres en la Historia en el sentido global del término.

La manera de pensar la historia en Francia es, sin embargo, bastante específica si se la juzga por las tensas relaciones de estos historiadores con la cuestión del género. Intentemos aclarar una situación bastante confusa en resumen. Las diversidades semánticas ligadas a la gramática del lenguaje, a menudo anticipadas para explicar el débil uso del género en Francia, permanecen como pretextos cómodos para evitar abordar las razones de un rechazo, que no se confiesa. En las revistas francesas, la confusión reina en este dominio; en efecto, numerosos historiadores franceses asimilan, de manera crítica, la historia de las mujeres a la historia del género "Historia de las mujeres o gender studies"<sup>1</sup>: como si la historia de una categoría social pudiera sustituirse a la historia de las jerarquías. La identificación de un método a otro permite separar el debate mientras lo esencial del problema permanece. La visión optimista de algunas historiadoras contribuye, sin embargo, a destacar las diferencias de métodos: "sin manejar con soltura el término (gender), sin más "ismos" de prefijo "post", la historia de las mujeres ha asimilado profundamente las perspectivas abiertas por el género, hasta en su compleja problemática del análisis sexuado de prácticas y de la deconstrucción de los discursos"<sup>2</sup>. Esta constatación no es, sin embargo, perceptible en los trabajos hasta ahora publicados, el punto de vista con frecuencia compartido se complace con una mirada distante con respecto a la práctica de la otra parte del Atlántico. "Así, a la vez propone una categoría histórica - el género - y un método de análisis discursivo - la deconstrucción - que no pueden sino seducir a los espíritus ansiosos de novedades"<sup>3</sup>. Más aún, el libro de Mona Ozouf ha seducido a los espíritus más inclinados a rechazar los "conceptos importados" que asumir las dificultades de una historia nacional. Se prefiere partir en busca de una singularidad de la historia francesa, orgullosa de "su feminismo moderado" que "no ambiciona reinterpretar la historia universal a la luz de la historia de las mujeres, pero que busca descubrir "la presencia destacada del feminismo" en las heroínas del pasado<sup>4</sup>.

De hecho, la historia en Francia y la de las mujeres en particular, no me parece realmente asimilada a las perspectivas abiertas por la problemática de la construcción de las diferencias, ni a las lógicas consecuencias de la utilización del género. Las diferencias culturales son en parte responsables, y la polisemia de la palabra puede eventualmente añadir confusión: "género gramatical, pero también género literario, al cual hay que añadir género como noción filosófica, y como categoría clasificatoria de la historia natural."<sup>5</sup>. En teoría las cuestiones fundamentales destacadas por historiadoras como Michelle Perrot que, refiriéndose a las concepciones innovadoras de sociólogos críticos, afirma sin vacilar: "somos numerosas - y numerosos - los que pensamos que el género, categoría del pensamiento y de la cultura, precede al sexo y lo modula"<sup>6</sup> ; en la práctica la historia de las mujeres en Francia, con algunas

excepciones, desestima poner en obra un análisis histórico a partir de la cual el carácter fundador de la jerarquía, constitutiva del género, sería tomada en cuenta. Eleni Varikas fue la excepción que confirma la regla del silencio en este campo. Pionera en la materia su trabajo sobre Grecia permaneció durante mucho tiempo como un estudio de extranjera. Forjando el concepto de conciencia de género, ella actualmente sirve en Francia como referencia casi única.

La cuestión del uso y no de la palabra es menos importante que las implicaciones teóricas inducidas por el modo de pensar histórico. Como lo señala enfáticamente Françoise Thébaud en su obra, "el prestigio de la disciplina histórica, ligada a la afirmación de la Nación y de la República, juega un gran rol en la enseñanza y la cultura y reivindica un discurso objetivo y universal"<sup>7</sup>.

Estando formulados estos presupuestos, es aún más difícil hacer emerger los individuos y los grupos que permanecen dentro de l'impensé de la universalidad. Reivindicado como pertenencia de una historia fundadora de la modernidad, enraizado en "el espíritu del pueblo" por dos siglos de un modelo de educación, exportado a los nuevos países democráticos, la historia nacional no puede integrar una visión generada de las reglas del sistema, sin temer la desestabilización de un pasado que permanece como garante de una democracia, cuya representación precisamente está en crisis. No obstante, este prestigio actualmente horadado; también ofrece la ocasión de un balance crítico de la historia francesa, particularmente política. La escritura de la historia reacia a cuestionar las leyes pensadas como inamovibles, ha privilegiado la visión armoniosa de las relaciones hombres/mujeres. La complementariedad de los roles ha permitido así esconder la construcción social de las identidades y de los grupos, en detrimento de una reflexión más amplia acerca de las relaciones de dominación. Se podría decir, incluso hoy, con Michel Foucault: "En la historia de las luchas por el poder, cuyas condiciones reales de su ejercicio y de su mantenimiento permanecen casi enteramente sumergidas, el saber no cuenta"<sup>8</sup>.

Por otro lado, esta perspectiva ha sido trazada por los autores de un importante artículo publicado en los Annales en 1986. "Es la fina articulación de los poderes y contra poderes, trama secreta del tejido social que se tendrá que escrutar dentro de una diligencia inspirada por Michel Foucault, y que introducirá la dimensión de las relaciones de sexos"<sup>9</sup>. Aunque el análisis de las relaciones de sexos no es equivalente a una reflexión sobre el género "en singular" que "permita desplazar el acento, las partes divididas, hacia el principio de división de sí mismo" y cuya "jerarquía es un aspecto constitutivo"<sup>10</sup>. El género supone, como se sabe, la captación de la organización social y política en su historicidad<sup>11</sup>.

Para comprender el rechazo de un método de análisis, además, y el resultado de una práctica plena de conflictos, numerosas historiadoras de varios países están subrayando los límites, y la importancia de hacer un rodeo historiográfico a fin de ayudar a describir lo no pensado de una concepción histórica estrechamente ligada al presente político.

En Francia, el peso del positivismo es conocido y aún se valora en las diferentes metodologías en uso. Puntualmente las voces se elevan para estigmatizar a los investigadores atraídos por el estudio de las "representaciones" en detrimento de las "prácticas" versión moderna de los "hechos", tan cercanos al positivismo. El mismo Auguste Comte luchó contra la historia "metafísica". La aceptación de estas premisas fue una apuesta cierta largo tiempo en vigor y siempre en curso de actualización.

René Rémond rindió, además, homenaje a sus predecesores positivistas, atentos a "la política que se ordena alrededor del Estado y se estructura en función de él"<sup>12</sup>. Es por ello que la cuestión del sufragio universal en su aplicación singular no se plantea. La universalidad es, en sí, una conquista en el país de los derechos del hombre. "Habiendo sido nuestro país el primer país europeo en adoptar el sufragio universal, que progresivamente se extendió a la mayoría de procedimientos de designación, y habiéndose practicado desde entonces, sin ninguna otra interrupción que las impuestas por las dos guerras mundiales, los historiadores de la vida política disponen de una continua serie de consultas que incluyen todos los tipos de elecciones políticas, sin olvidar las elecciones sociales o profesionales"<sup>13</sup>. Quien vota importa poco puesto que la universalidad se adquirió por el empleo de la palabra. Pero la verdad establecida por el enunciado no implica de ninguna manera el cuestionamiento sobre el referente masculino que la palabra encierra; la explicación no es necesaria ya que los contemporáneos, en su gran mayoría, usan la expresión. La fuerza del dogma es suficiente para decir la verdad. La universalidad, singularmente masculina, ha devenido en opinión común después de que fueron barridas las objeciones de las feministas que no dieron el mismo sentido a la palabra. Y la recepción de estas objeciones, ha menudo ridiculizadas, se tornaron imposibles. El punto de vista de algunas se transformó en datos, en variables útiles para la base de la idea de la complementariedad entre los sexos. Es así que los historiadores franceses han preferido dar cuenta de las relaciones amorosas más que de las relaciones conflictuales, "contra natura" entre hombres y mujeres. Aquí el punto de vista de Auguste Comte ganó. En 1848, Después de haber afirmado que "los proletarios y las mujeres constituyen necesariamente los auxiliares de la nueva doctrina general (sobre entendido el positivismo)", agrega: "en todas las sociedades humanas, la vida pública pertenece a los hombres y la existencia de las mujeres es esencialmente doméstica"<sup>14</sup>. Esta percepción del mundo de los hombres ha devenido en "hecho admitido por la sociedad" de la cual tanto historiadores como historiadoras han intentado dar cuenta a través de la historia de la familia, el nacimiento, la muerte, el cuerpo y la vida privada.

Mas que ningún otro país, Francia se abocó a la tarea de restituir los hechos en la visibilidad de su advenimiento. Desde este punto de vista, el hecho "femenino", el hecho de las mujeres ha permanecido descartado de la historia, esencialmente inscrito en el largo plazo. La construcción discursiva del hecho, la interpretación de los acontecimientos, la importancia de la historicidad de las palabras y conceptos, y su instrumentalización, ha permanecido durante largo tiempo al margen de las interrogantes que se han formulado los historiadores. En otras palabras, todo lo que se juega en la significación de las palabras, de los discursos y de los valores motores de una nación, de sus instituciones y sus reglas, ha sido apartado del relato histórico, porque es inaccesible a la inteligibilidad factual, permaneciendo en la sombra de las apariencias de un sentido de la historia. Es por ello, me parece, que el "linguistic turn", como nos gusta nombrarlo de este lado del Atlántico, ha sido tan mal comprendido en Francia o tradicionalmente deformado, en relación únicamente con los excesos del postmodernismo del cual la historia no quiere hablar. Asunto de filósofos, de discursos, ajenos a la realidad, a la práctica, a los actos, a la reflexión sobre la construcción discursiva de una realidad que puede ser pensada en teoría sin convertirla en objeto de un estudio específicamente histórico. Sin entrar en el debate entre los incondicionales del método y los que se oponen al hecho del lenguaje en nombre de la autonomía del hecho social<sup>15</sup>, me parece que el debate, esconde la

imposibilidad de pensar la relación conflictual entre la construcción discursiva de una realidad, las resistencias que genera y las identidades que construye.

Pensar el género supone no contentarse solamente con los efectos de la realidad. Nicole Loraux, especialista de la historia griega, no utiliza el género como herramienta del análisis histórico, pero piensa la historia a través de las partes divididas de la sociedad que el discurso político enmascara; de algún modo, la problemática de Nicole Loraux es equivalente a la introducida por los estudios de género: Porque "la máscara de la ideología está hecha de silencios y no de lo que dice", hace falta entonces interesarse por las palabras ausentes del discurso cívico, por ejemplo *krátos*, palabra tendenciosamente escondida, ausente de la pomposa oratoria que prefiere la palabra *arke*, nombre del poder institucional, compartida y siempre renovada en la sucesión continua de los magistrados de la ciudad"<sup>16</sup>. Este método implica, por supuesto, salir de los senderos jalonados por los hechos, convertidos en pruebas únicas de lo real, y retenidos y contabilizados por los contemporáneos a fin de establecer una representatividad.

La historia de la división de los roles y de la construcción de las diferencias no puede significar un parte del análisis de los campos semánticos, más allá de la querella introducida por la famosa vuelta lingüística. Porque "la semántica toma necesariamente el conjunto de los referentes"<sup>17</sup>, obliga a lograr el significado poniendo al día la instrumentalización de principios universales como la libertad, e igualdad, por ejemplo. Estos principios, como se sabe, han servido a todos los discursos pero permanecieron esencialmente como privilegio de una capa identificable por los intereses que defiende en la práctica. Es por ello, que la elección se las locuciones discursivas revelan una significación que es a menudo la expresión del poder, porque el "idioma funciona como una máquina que produce significados"<sup>18</sup>. El interés de su análisis ayuda a comprender la producción de jerarquías, de cuya significación no se pronuncia: punto sobre el que los historiadores de la política apenas se detienen. Mientras las historiadoras enfrentan dificultades para traspasar las voces tradicionales de la historia y acceder a la invisibilidad de las divisiones no igualitarias, además, bien percibidas por los etnólogos y los antropólogos. Nicole-Claude Mathieu, en particular, fue una pionera en desnudar la neutralidad aparente del lenguaje, "uno de los elementos constitutivos de las relaciones sociales". "Detrás de la falta de atención de las mujeres en la descripción de los hechos, detrás de la invisibilidad de las mujeres como actores sociales, en la no-integración o la integración inadecuada de sus actividades físicas o mentales en los modelos teóricos del funcionamiento y de la estructura de las sociedades, detrás del tratamiento lingüístico como seres pasivos o incluso inanimados, se revela una conceptualización de sexos recogida del naturismo, y más precisamente una idea de la naturaleza biológica de las mujeres en su unión a la sociología"<sup>19</sup>.

Particularmente marcado por "la feliz expresión de François Simiand" de un conocimiento de la historia a través de las huellas dejadas en el pasado<sup>20</sup>, los historiadores franceses han resistido durante mucho tiempo a la historicidad de las palabras y de los conceptos, puesto en vigencia y valorados por Reinhart Koselleck. Han preferido asumir la voz de la razón de una lectura histórica, y mayoritariamente, a partir de los años 1930, de la razón económica. El "positivismo" fue barrido en apariencia por los historiadores fundadores de los Anales, para quienes las crisis presentes ayudan a comprender el pasado, y por lo mismo los fenómenos económicos fueron considerados como factor determinante en la explicación de la historia. Así la atención se dirigió hacia el ritmo temporal de los hombres, al aspecto cuantitativo de

las cosas, a las relaciones conflictuales, en las cuales particularmente las relaciones de dominación no encontraron lugar. En esta visión del pasado, de Lucien Febvre a F. Braudel, "aunque un acontecimiento puntual es evocado, tiende a no ser considerado sino dentro de su ejemplaridad; fuera de la representatividad, no tiene más lugar para el hecho histórico"<sup>21</sup>. Pero ¿qué es la representatividad si no es un conjunto construido por estratos sucesivos de significaciones fundadoras de los valores, de normas de cambio, de identidades y de opiniones contemporáneas, accesibles a los historiadores por las huellas discursivas y por el sesgo de prácticas susceptibles de ser puestas en serie? Al margen de toda reflexión sobre la dominación del género masculino, la vía real de la explicación del pasado por los factores económicos, fue asumida por la gran mayoría de los historiadores franceses. Allí, estructuralismo y marxismo se codearon en buena inteligencia, sin preocuparse de los presupuestos generados a partir de los cuales las reglas sociales se establecieron.

Se sustituye pronto una historia de mentalidades, propia de la historiografía francesa. El vacío así creado permite la renovación de la historia política siempre unida a la descripción de manifestaciones visibles del espacio público, lugar inaccesible, como se sabe para las mujeres. Según sus practicantes, "las mentalidades describen la especificidad genérica de un grupo social preciso dentro de un tiempo y un espacio dado"<sup>22</sup>. Allí la constitución del grupo no tiene lugar para ser pensada como construcción social. Su existencia es suficiente para el advenimiento de la comunidad. Esta historia ha devenido importante por la reputación internacional de algunos de sus historiadores, en la que las mujeres aparecen atravesadas por la familia, la maternidad, las maneras de ser y de comportarse según el punto de vista de la "feminidad". Presente en el seno de la pareja, la mujer no puede acceder a las mentalidades desviantes, en tanto que sujeto crítico, sino por la ficción o por imposición según el género que las construye como el otro. El estudio de Michel Vovelle, historiadora de la mentalidad revolucionaria, es ejemplar en este dominio: "clasifiquemos el sueño de emancipación femenino al rango de anticipaciones, muy fuerte sin duda tener un lugar en esta aventura de diez años. Hubo algunas concesiones de ciertos autores feministas, al carácter hipócrita de un sueño de fraternidad monopolizada por los hombres"<sup>23</sup>. Desde que se trata del género, los historiadores han apelado a la psicología donde se recurre para los juicios de valor. Decididamente la historia del género no tiene lugar en la historia de Francia.

Hace exactamente diez años, los historiadores deploraban la introducción de la historia de las mentalidades, "devenida en refugio de objetos históricos excluidos por la historia "normal". Las mentalidades callaron entonces lo esencial (...). Notamos que esta derivación contradice la primera función distributiva de la historia de las mentalidades por un justo retorno de las cosas, así los nuevos objetos encontraron su lugar en la historia general o social, o bien fueron estructurados en micrototalidades que podían reclamarse más como las mentalidades: la historia de las mujeres (gender studies) se define desde hace algunos años como una disciplina independiente (algo así como la historia de la distinción entre hombres y mujeres)"<sup>24</sup>. Objeto entonces mal identificado, la historia de las mujeres en Francia ha podido penetrar en las diferentes corrientes historiográficas, y actualmente adquiere su reconocimiento únicamente debajo de esta apelación; un reciente número de *Annales* le consagra firma a parte importante de las obras consagradas al género, como los libros de la historia de las mujeres propiamente dicho.

Incontestablemente, el suceso de la Historia de mujeres<sup>26</sup>, como la audiencia de la revista *Clio* lo atestigua, y el lugar tomado por esta historia, ha sobrepasado

actualmente su estado de marginalidad. Debió imponer su presencia para hacer visibles a las mujeres en los dominios descubiertos por una comunidad humana que ha estado atravesada por luchas de clanes, de órdenes, de clases, víctima de guerras entre naciones, enfrentada a las contradicciones de intereses económicos y sociales divergentes, avanzando al ritmo de la evolución de los cambios e intentando sobre pasar los conflictos de representación. Las huellas del pasado fueron así reencontradas y reconstruidas siguiendo estas líneas que aseguran las prioridades de la explicación histórica y se convertirán en ley común para la comunidad histórica. No asumir esas voces significativas, de hecho, le quita a las lecturas, comprensión y el análisis de los fenómenos del pasado. La historia de Francia se ha asumido heredada de los pioneros de los derechos del hombre y ha buscado influir más allá de sus fronteras, segura de sus conquistas. La institucionalización de la comunidad profesional de historiadores le otorgó a algunos el poder de decir la ley de la historia cubierta de "cientificidad" y de "objetividad". La confusión entre saber, métodos, aproximaciones subjetivas y modelos normativos de construcción historiográfica, no ha permitido la integración de problemáticas diferentes al margen de líneas alimentada por esas renombradas instituciones. Ha sido entonces particularmente difícil lograr un desplazamiento de la mirada histórica, totalmente ajena de las disciplinas reconocidas y del dominio universitario: la del feminismo, capaz de subvertir las categorías del pensamiento. Reivindicar las sociedades del pasado siguiendo el dispositivo jerárquico que las vio nacer, buscar en la categoría mujer, no la complementariedad sino la construcción de un grupo marginado, supone atravesar los límites de la historia francesa. La historia de Francia se ha asumido legitimizada por la antigüedad de sus conquistas universales, que no podían admitir la instrumentalización. De alguna manera, la figura del dominante no era susceptible de encarnarse en los hombres puesto que en Francia, más que otros lugares, los ciudadanos representaban al individuo desprovisto de intereses propios. Es porque ello que fue necesario hacer emerger, en primer lugar, las huellas de las mujeres, disimuladas debajo de los escombros del espíritu revolucionario y despojarlas de la lucha de clases.

"La historia de las mujeres, en primer lugar, es la historia de su opresión: mujeres golpeadas, engañadas, humilladas, violadas, mal pagadas, abandonadas, locas y encerradas (...). Se hizo un inventario de la desgracia femenina, sin jamás interrogarse sobre los mecanismos de la dominación, destacando solo los efectos de una historia necesaria, pero deprimente también", escribía Michelle Perrot, en 1987<sup>27</sup>. Por ello, hacer visibles a las mujeres sin historia fue más que necesario. Después vino el estudio de la condición femenina, sus lugares, sus prácticas; se buscó analizar las actividades de las mujeres, sus roles, sus ocupaciones, sus funciones, y pronto adquirió el derecho de ser citadas en las revistas de historia<sup>28</sup>. Siempre en paralelo con la gran historia, pero en ligero desplazamiento con los modelos explicativos dominantes, la historia de las mujeres en Francia, además, como en numerosos países, no ha podido desarrollarse en el seno de las grandes orientaciones escogidas por los historiadores, sea el EHESS o en el contexto de diferentes revistas de historia, los Annales, o el movimiento social. Pero actualmente está más, pero sin desplazar las categorías del pensamiento en vigor. La historia política particularmente, sea conceptual o institucional, perdura poco concernida por la asimetría de los roles y el status entre hombres y mujeres.

Lógicamente, el desplazamiento de la historia de las mujeres en tanto que categoría, no puede pensarse fuera de la historia, de la cual es producto<sup>29</sup>. En consecuencia,

me parece imposible considerar el objeto mujeres, sin someter a la cuestión las reglas de la política y al origen de la cual la categoría fue constituida. Ese fue mi objetivo en *La Démocratie à l'épreuve des femmes*<sup>30</sup> y que he podido seguir en *Le Réel de l'utopie*<sup>31</sup> ampliando el campo de investigación a los utopistas, donde subsisten en los esencial los individuos sin nombres que fueron sacados de la historia.

Globalmente, en Francia, el análisis de las prácticas de división de roles sociales como fundamento de jerarquías sociales permanece establecido; la historia de las mujeres no ha traspasado el obstáculo de la crítica de la política. El método aporta en ventaja los usos de la palabra género como herramienta de análisis. La historia de representaciones que sucede a las mentalidades, en el curso de estos veinte años pasados, ha permitido actualizar las construcciones discursivas en las cuales las mujeres han sido el objeto. Escritores, publicistas y políticos han competido en señalar aquello que las mujeres deberían ser. Michelle Perrot destaca en uno de sus artículos el punto de vista de François Guizot sobre la frivolidad de las mujeres. "El gran hombre" soñado por "los instauradores de la política moderna", toma resueltamente sus distancias en relación a la mujer que no puede ser grande, o peor, "pequeña mujer" de París<sup>32</sup>. En efecto, el discurso es elocuente y se añade a la multiplicidad de textos normativos en este dominio. Pero, si el discurso es perfectamente representativo de la opinión de los hombres del siglo XIX, interviene paralelamente a la formación de las reglas del gobierno representativo. O, su dispositivo liberal creó la jerarquía social sobre el privilegio de la razón del padre de familia: "La sociedad, por muy simple que ésta sea, tiene otros asuntos que la familia, y asuntos que exigen una capacidad que las mujeres y los menores no poseen. Se trate de la deliberación que se haga en una tribu de salvajes o en una ciudad, que se tenga por objetivo una expedición guerrera o la adopción de una ley civil, es natural y general que ni las mujeres ni los menores son capaces de reglamentar según la razón de tales intereses"<sup>33</sup>. La naturalización de las mujeres sirve de base al dispositivo jerárquico de la democracia representativa en la cual las reglas fueron admitidas por todos los partidos políticos.

En consecuencia y más allá de las representaciones identitarias y culturales, la construcción de las diferencias ha dirigido el conjunto de las prácticas políticas: del Código Civil a la formación del ciudadano pasando por los programas escolares. Si la exclusión de las mujeres de la ciudad ha podido hacerse sin decirlo, ella aparece en la dominación simbólica en la cual las huellas han sido borradas sucesivamente de su integración social. La dominación impone las reglas de su conducta, de sus obligaciones y sus derechos. La mujer pertenece a *l'impensé* de la política y a la "contención" del conflicto<sup>34</sup>. Estructura el conjunto de un sistema democrático, pero no le pertenece.

Es así porque no se asumen las huellas visibles del pasado que privilegian a menudo el consentimiento, la adhesión, la resistencia colectiva, en un conjunto de reglas en las cuales los presupuestos permanecen a la sombra de los enunciados. Las apuestas del poder, en las que las mujeres en particular fueron el objeto, se enfrentan raramente la explicitación, y tienden al juego de las relaciones entre iguales. Así concluye Nicole Loraux. "Pero el historiador de Grecia debe saber que para darle un sentido a la palabra "ciudad", no puede terminar de sacar de su refugio el olvido – fundador – y que su unidad implica provisionalmente la base de la división"<sup>35</sup>. Sin embargo, actualmente en Francia, "ante el reflujo de los grandes modelos explicativos"<sup>36</sup>, las condiciones que permiten interrogar los presupuestos contemporáneos de analizar los procedimientos de sometimiento y de actualizar la

jerárquica relación entre los sexos, están unidos. "Los historiadores han tomado conciencia que las categorías manejables tenían una historia, y que la historia social era necesariamente la historia de las razones y de los usos de aquella"<sup>37</sup>.

El concepto de género no será sin duda más utilizado que lo que ha sido antes. Tanto menos que la confusión que a menudo reina en otros países, donde la imagen del sexo y por indiferenciación, el género, tienden a ser esencializados – lo que no ayuda en nada al estudio de la formación de las jerarquías de la división de los roles y la división sexual. Pero el método queda factible. "Inclinando la mirada a los grupos y a los individuos no representados y raramente considerados como sujetos de su propia historia, pero siempre objeto de representación, me parece poder afianzar en el estudio de las relaciones conflictivas el proceso de formación del sistema político"<sup>38</sup>, lo que implica estar cerca de la fuente de la construcción de normas y valores sociales que presiden la jerarquía de géneros.

Article paru dans Gender and History, volume 11, n°3 novembre 1999, Editors: Leonore Davidoff, Keith McClelland and Eleni Varikas, Blackwell Publishers. Oxford UK & Boston USA

1. Alain Bourreau, "Propositions pour une histoire restreinte des mentalités" *Annales ESC, Histoire et Sciences sociales, Un tournant critique*, 44 (novembre-décembre 1989), p. 1493

2. Françoise Thébaud, *Ecrire l'histoire des femmes*, (ENS. Editions, Fontenay-Saint-Cloud, 1998), p. 166.

3. Anne-Marie Sohn, *La France démocratique, Mélanges offerts à Maurice Agulhon* (Publications de la Sorbonne, Paris, 1998), p. 47.

4. Mona Ozouf, *Les mots des femmes*, (Paris, Fayard, 1995), p. 12.

5. Christine Planté, "La confusion des genres", in *Sexe et genre, De la hiérarchie entre les sexes* (Paris, Seuil, 1991), p. 51.

6. Perrot, *Les femmes ou les silences de l'histoire*, (Paris, Flammarion, 1998), p.393.

7. See Françoise Thébaud, *Ecrire l'histoire des femmes*, p. 88.

8. Foucault, *Dits et Ecrits*, II, (Paris, Gallimard, 1994), p. 224-225.

9. Collectif, "Culture et pouvoir des femmes : Essai d'Historiographie", *Annales ESC.*, 2, (Mars-avril 1986) p. 286.

10. Christine Delphy, "Penser le genre : quel problèmes ?", See, *Sexe et Genre*, p. 92.

11. See, Joan Scott, *Only paradoxes to offer, French feminists and the Rights of man*, (Harvard University Press, 1996).

12. René Rémond, *Pour une histoire politique*, (Paris, Seuil, 1988) p. 17.

13. See René Rémond, *Pour une histoire politique*, p. 28.

14. Auguste Comte, *Discours sur l'ensemble du positivisme, ou exposition sommaire de la doctrine philosophique et sociale propre à la grande république occidentale* (Paris, juillet 1848 ) p. 3 et 205.

15. See, la mise au point sur la question de Gérard Noiriel, *La crise de l'Histoire* (Paris, Belin, 1996).

16. Nicole Loraux, *La Cité divisée*, Paris, Payot, 1997) p. 53.

17. Emile Benveniste, *Cours de linguistique générale*, 2 (Paris, Gallimard, 1974), p.64.

18. Emile Benveniste, *Cours de linguistique générale*, p. 97.

19. Nicole Claude Mathieu, *L'Anatomie politique* (Paris, Côté-femmes, 1991), p. 107.
20. Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien, 1941* ( Cahiers des Annales, 3, Paris, Armand Colin, 1964) p. 21.
21. Alain Corbin, *Au Berceau des Annales* (Paris, Presses de l'Institut d'études politiques de Toulouse, 1983) p. 132.
22. Robert Muchembled. *Mentalités, Histoire des cultures et des sociétés, affaire de Sang*, 1, "Mentalités, cultures, sociétés : jalons pour un débat" (Paris, Imago, 1988) p. 9.
23. Michel Vovelle, *La mentalité révolutionnaire* (Paris, Editions sociales, 1985) p. 215.
24. Alain Bourreau, *Annales ESC*, 1989, p. 1493.
25. (Janvier-février 1999).
26. Michelle Perrot, Georges Duby, *Histoire des femmes*, 5 volumes ( Paris, Plon, 1991-1992).
27. Michelle Perrot, "Quinze ans d'histoire des femmes" *Sources, Travaux Historiques, Femmes universalité et exclusion, Revue de l'association Histoire au présent*, 12, 1987.
28. Françoise Thébaud, *Ecrire l'Histoire des femmes*, p. 79, 81.
29. See, Michèle Riot-Sarcey, "Women's History in France" *Gender and History*, vol. 9, 1, April, 1997..
30. (Paris, Albin Michel, 1994).
31. (Paris, Albin Michel, 1998).
32. Michelle Perrot, *Les femmes ou les silences de l'Histoire*, "Les femmes et la citoyenneté en France, histoire d'une exclusion", Paris, Flammarion, 1998) p. 275.
33. François Guizot, "Du droit de suffrage dans les petites sociétés", 1837, *Histoire de la Civilisation en Europe* ( Paris, Hachette, Pluriel, 1985) p. 383.
34. Nicole Loraux, *La Cité divisée* (Paris, Payot, 1998) p. 81-82.
35. Nicole Loraux, *La Cité divisée* , p. 38-39.
36. Roger Chartier, *Au bord de la falaise* (Paris, Albin Michel, 1998) p. 10.
37. Roger Chartier, *Au bord de la falaise* , p. 12.
38. Michèle Riot-Sarcey, *Le Réel de l'utopie*, p. 33-34.